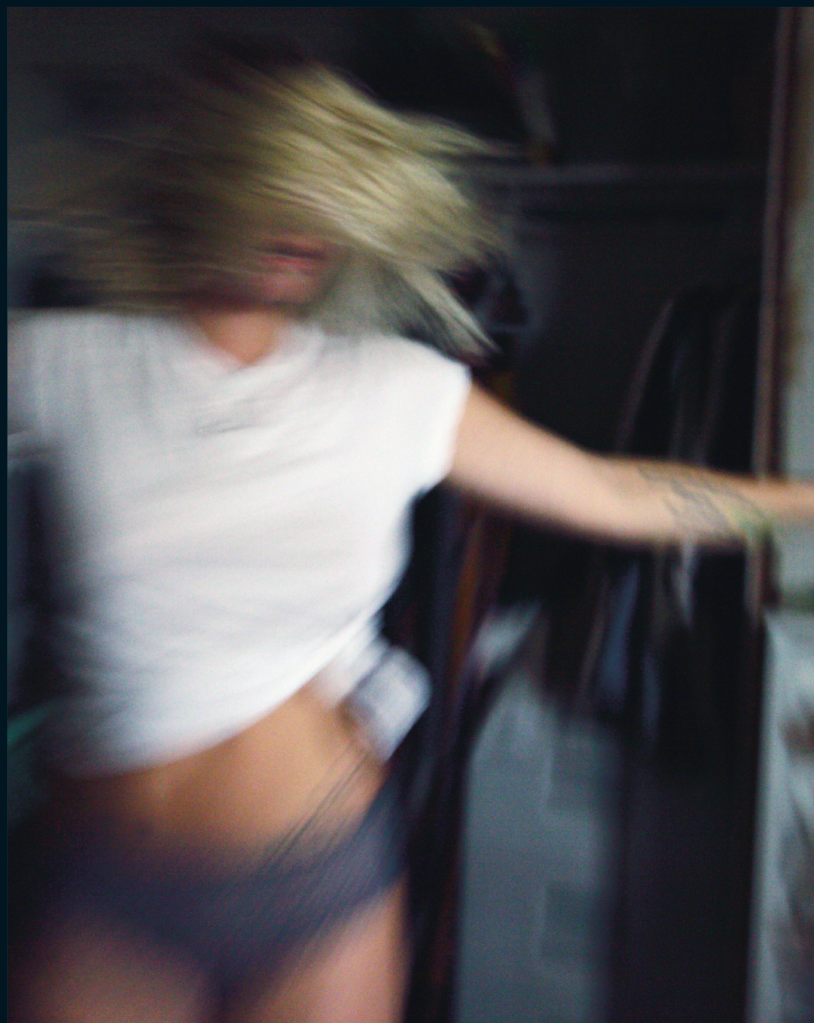


Dios no vive en Buenos Aires

María Emilia
Buffa



Dios no vive en Buenos Aires

María Emilia
Buffa



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

El incienso se mezclaba con el aire húmedo de la mañana, impregnando de un aroma denso, casi pegajoso. Las campanas repicaban, cada día a la misma hora, con la misma monotonía que regía ese pueblo detenido. Las puertas de la iglesia permanecían abiertas de par en par y la gente ingresaba en fila, murmurando plegarias con la devoción mecánica de quien repite un conjuro aprendido, implorando absolución a un cielo que nunca respondió.

Yo también repetía esas palabras. Sabía exactamente cuándo inclinar la cabeza, cuándo santiguarme, cuándo arrodillarme. Lo había hecho tantas veces que mi cuerpo se movía solo. Sin que tuviera que sentir nada.

Decían que la fe era un refugio. Para mí, siempre había sido un cerco. Me prometieron que ahí habitaba la verdad. Entonces, ¿por qué todo se sentía tan vacío?

En este pueblo, todo estaba perfectamente definido: lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido. Nada escapaba a las escrituras sagradas; cualquier pregunta fuera de ellas era un pecado. No había matices, sólo reglas inquebrantables, un orden que no admitía fisuras.

Mi madre me observaba con la misma severidad de siempre cuando notaba mi distracción. No necesitaba decir nada para hacerme sentir expuesta: su mirada bastaba. En sus ojos había una certeza muda, algo en mí estaba torcido, algo que me inquietaba por dentro y me iba carcomiendo los huesos.

—Dios te guía —decía, como si esas palabras fueran suficientes para redimirme—. No mires hacia la oscuridad.

Pero, ¿y si en la oscuridad también había respuestas?

El verano en aquel pueblo era un letargo sofocante. El calor se adhería a la piel, se filtraba en los huesos, se fundía con el asfalto resquebrajado de las calles. Me ahogaba en un aire denso que acentuaba mi sensación de errar, de estar fuera de lugar.

Las casas de techos bajos, todas idénticas, sostenían una pulcritud inquebrantable, como si quisieran negar la impermanencia de la vida, como si dentro de esas paredes blancas no existieran grietas, ni polvo, ni muerte.

Pero en los adoquines gastados siempre se escurría alguna colilla de cigarrillo, una pequeña fisura en aquella pureza impostada.

Desde alguna ventana, una televisión oxidada que alguien olvidó apagar dejaba escapar el murmullo lejano de una novela repetida, interrumpiendo mis pensamientos desde la vereda. Todo en ese pueblo parecía suspendido en una languidez eterna.

Pasaba las tardes vagando con mi cámara analógica aferrada en las manos, intentando capturar lo que se escapaba a simple vista, aquello que latía más allá de la

pulcritud artificial del pueblo. La sombra alargada de un árbol en la plaza, las grietas en la fachada de la catedral, el gesto distraído de una mujer al encender un cigarrillo. No buscaba belleza, sino pruebas de lo que se oculta bajo la monotonía de lo impoluto, algo real en medio de tanta simulación, pequeñas evidencias de que la perfección era una fachada endeble.

Cuando el calor se volvía insoportable y mis paseos eran un suplicio, me obligaba a refugiarme en mi cuarto. Abría las ventanas de par en par, dejando que el aire apenas mitigara el peso del encierro, y me entregaba a otro tipo de libertad: la que encontraba entre esas cuatro paredes, tumbada en la cama, dejando que los acordes de los Rolling Stones inundaran el lugar.

Mi madre me había regalado aquel equipo de música más por deshacerse de él que por el gesto de darme algo propio. Sonaba como si trajera consigo ecos de otras épocas, y en esas canciones, en esas guitarras cargadas de historias y excesos, encontraba un consuelo extraño.

Keith Richards me obsesionaba como pocas cosas en el mundo. Había algo en él, en su oscuridad envuelta en rumores, en eso roto que lo volvía real dentro de su propio caos, que me atraía de una manera inexplicable, tan ajena a mi cotidianidad.

Su vida errante, sus días en Villa Nellcôte con Anita, las noches desbordadas en Brasil, los excesos en Marruecos, me sumergían en esas historias como si fuera un evangelio alternativo, una mitología de excesos y libertades que yo nunca había tocado. Parecía un cielo

prometido, sin juicios ni penitencias, un lugar donde no cabía la culpa.

Mick Jagger, en cambio, nunca me conmovió. Era demasiado perfecto, demasiado carismático, demasiado seguro. Un tipo como los que llenaban los pasillos de mi secundaria, los que sabían tenerlo todo sin esfuerzo, los que yo me forzaba a amar.

La única diferencia era que cantaba. Richards, en cambio, tenía algo que lo volvía humano. Algo que yo no conocía, pero que anhelaba desesperadamente entender.

En casa, mi madre me observaba con esa mezcla de fastidio y resignación que sólo las madres saben dominar. Se paseaba por el living con el cigarrillo entre los dedos, dejando un rastro de ceniza sobre la mesa de vidrio, y me lanzaba preguntas que no esperaban respuesta.

—¿Vas a seguir perdiendo el tiempo con esa cámara?
¿No te aburre escuchar siempre lo mismo?

Yo no respondía. Nunca respondía. Sabía que no valía la pena.

Con los años, había aprendido a desaparecer sin moverme del lugar, a volverme invisible en medio de sus quejas, a convertirme en un eco sin sonido. Me limitaba a encogerme de hombros y a seguir con lo mío, dejando que la música en mis auriculares me envolviera, como un escudo, como una trinchera.

Había algo en la forma en que mi madre exhalaba el humo, en la manera en que apagaba el cigarro con una rabia apenas contenida, que me decía que, en el fondo, ella también estaba cansada. No solo de mí, sino de todo.

Por las noches, cuando la casa se hundía en un silencio espeso, me preguntaba en qué momento dejamos de intentarlo, en qué punto exacto dejamos de hablarnos con la intención real de entendernos.

A veces pensaba que hubo un quiebre preciso, una frase mal dicha, una puerta cerrada con demasiada fuerza. Otras, que simplemente nunca supimos cómo hacerlo. Quizás nunca lo hicimos.

Durante esos días, el tiempo transcurría de una forma extraña, como si cada minuto se estirara y se encogiera sin previo aviso. No era una rutina, sino algo más cercano a la inercia: una repetición de gestos vacíos, sin principio ni final.

Me despertaba tarde, a veces cerca del mediodía, con el cuerpo pegajoso por el calor y esa sensación incómoda de haber dormido demasiado, como si el descanso también fuera un exceso. Antes de levantarme, me quedaba mirando el techo, siguiendo con la vista las grietas que el paso del tiempo había dejado en la pintura, contando los segundos sin contarlos.

Otras veces, simplemente cerraba los ojos e intentaba volver a dormir, aunque no tuviera sueño, como si dormir fuera la única forma de no estar.

Cuando finalmente reunía la energía para salir de la cama, me dirigía a la cocina en busca de café. Mi madre solía estar en la galería, fumando, con la mirada perdida en el patio, como si esperara algo que nunca llegaba. A veces me hablaba, otras no. Dependía de su humor, o del mío, o de ese silencio espeso que conocía demasiado bien.

Yo, por mi parte, apenas si respondía. Encendía un cigarrillo y me quedaba un rato en la mesa, observando el humo subir en espirales lentos, mientras el café se enfriaba en la taza. Así pasaban las primeras horas del día, suspendidas, inmóviles, en un letargo del que sólo lograba salir cuando caía la tarde y el sol dejaba de quemar la piel.

Las calles silenciosas me asfixiaban; el aire pesaba sobre mi piel como una manta húmeda que no dejaba respirar. Entonces me decidía a salir del patio de mi casa, tan verde como desamparado, un rectángulo de vida mal cuidada en medio de tanta quietud.

Este pueblo no era más que vestigios de algo que alguna vez fue, que alguna vez tuvo pulso. Sobre sus fachadas coloniales se acumulaban historias de revolucionarios, de héroes, de figuras que habían desafiado su época y habían pagado el precio. Ahora, en cambio, la épica se había vuelto doméstica: el acto más transgresor que alguien podía cometer era simplemente decidir irse.

A unas cuadras de mi casa, un McDonald's desentonaba con la arquitectura del pueblo. Era una anomalía brillante y triste a la vez, una promesa importada clavada en medio de las fachadas coloniales. Me resultaba decadente, aunque durante años me había dado grandes alegrías.

En la infancia y los primeros años de la adolescencia, reunirnos ahí después de la escuela era una de las pocas diversiones posibles para una chica de clase media, vagamente aspiracional. Pasábamos horas sentadas en mesas pegajosas, discutiendo banalidades con la seriedad de un

ritual: quién había dicho qué, quién gustaba de quién, quién había cometido el error imperdonable de llevar la prenda equivocada.

En un pueblo sin demasiadas opciones, el tiempo se llenaba como se podía. Las tardes podían reducirse a hablar mal de una amiga con otra amiga, no por crueldad consciente, sino porque no había nada más que hacer. La moral también se volvía pequeña cuando el mundo lo era.

Por el contrario, al único cine de la ciudad le guardo un aprecio distinto. Más allá de ser un punto de encuentro para adolescentes aburridos, su sala oscura me ofrecía, incluso ahora, un refugio más honesto.

Ya habiendo dejado atrás la secundaria, seguía encontrando placer en perderme entre sus butacas gastadas, dejando que la luz de la pantalla me envolviera, como si pudiera borrarne por completo. Durante esas horas, no era hija, ni creyente, ni promesa incumplida: era apenas una espectadora.

El cine me permitía habitar otras vidas sin culpa, sin consecuencias. Salía de la sala con los ojos aún acostumbándose a la luz del día, como quien vuelve de un sueño del que no quiere despertar del todo.

Sofocada por la rutina, caminaba hasta el santuario al costado de la ruta, un lugar olvidado, cerca de mi barrio pero lo suficientemente lejos de mi casa. Ahí pasaba las tardes fumando a escondidas Marlboro Gold y bebiendo Coca Light, mi menú favorito, como si incluso mis rituales necesitarán una dosis mínima de clandestinidad.

Había empezado a fumar sólo para parecerme a esas chicas que tanto veneraba en las películas francesas de los sesenta: mujeres envueltas en un halo de misterio que yo envidiaba con devoción. Ellas parecían habitar el mundo con naturalidad, como si el deseo no les pesara. Yo, en cambio, tan insulsa y aburrida, quería robar un poco de ese magnetismo. Por eso usaba labios rojos, alguna boina, imitándolas con la torpeza de quien intenta ser algo que todavía no es.

Cuando quise darme cuenta, el cigarrillo ya no era sólo un símbolo. Se había vuelto una necesidad. Como todo. Absolutamente todo, en mí, terminaba por convertirse en una forma de consumo.

Nunca entendí cómo había personas que no se dejaban arrastrar por sus emociones, que podían mantenerse ajenas al sentir sin permitir que eso dictara el rumbo de sus días. Yo, en cambio, me rendía a todo, y en esa rendición me sabía débil.

Me rendía al cigarrillo, a mi incapacidad para manejar el alcohol, a mi naturaleza errática. Pero todo en secreto. Todo para mí. Todo con vergüenza.

Me sentaba sobre la piedra caliente y la Virgen me observaba desde su pedestal. Soñaba con ser como ella: una pureza incorruptible, un cuerpo intacto bajo un manto carmesí que, sin embargo, acentuaba mis labios.

Pero también soñaba con lo contrario: con entregarme al placer mundano, con el éxtasis de una libertad luminosa, sin culpa ni penitencia.

Los días de lluvia en verano eran la excusa perfecta para leer durante horas, con un café tibio entre las

manos, sin descanso. Me refugiaba en la literatura, Simone de Beauvoir, Dostoievski, Tolstói.

Pero lo que verdaderamente me obsesionaba eran las biografías y los diarios. La idea de que existieran tantas formas de habitar este mundo, tantas maneras posibles de ser. Esos textos me hacían sentir menos sola con mis pensamientos de huida, menos alienada en mis delirios de grandeza, como solían llamarlos mis allegados.

Los libros eran mi vía de escape. Me ahogaba en sus páginas, me perdía en sus palabras. Me mostraban cómo era el mundo de afuera, me ofrecían un porqué. Eran un refugio y consuelo, sí, pero también una incitación: cada historia leída era un recordatorio de todo lo que aún no había vivido.

Cuando el clima lo permitía, mi actividad favorita era simplemente perderme en el atardecer. Pasaba el día merodeando con mi vestido blanco favorito y unos borcegos demasiado pesados, como si ese peso impidiera que mis pies me fallaran. Sentía el ardor en las mejillas, la piel quemada por el sol, el pelo demasiado claro y descuidado de tanta pileta. Sola, me sentaba junto al río y sacaba un libro. Las palabras impresas saciaban, aunque fuera por un instante, ese deseo inagotable de más.

A veces, la culpa cristiana me carcomía. Me susurraba que debería estar rezando, que el consuelo debía encontrarse en la fe y no en historias de revoluciones y almas atormentadas. Pero, ¿por qué lo prohibido me resultaba tan tentador? ¿Por qué lo que me hacía vibrar era lo mismo que, según me enseñaron, debía evitar?

¿Acaso Dios no quería lo mejor para nosotros? Si la vida era un regalo divino, ¿por qué habríamos de privarnos de sus placeres?

La contradicción me perseguía, pero no la verbalizaba. Guardaba mis preguntas para mí, rumiándolas en silencio, dejando que se filtraran en mis lecturas y en mis pensamientos nocturnos. No podía evitar sentir que había algo profundamente injusto en la idea de que el sacrificio y la renuncia fueran la única vía hacia la redención.

En la secundaria siempre había sido una chica buena. Como todas. Un descontrol perfectamente medido, una rebeldía contenida dentro de los márgenes aceptables. Pelo largo y prolijo, buenas notas, misa los domingos sin rechistar, una vida social lo suficientemente correcta como para no levantar sospechas.

Todos me buscaban para divertirse, a veces, sólo para eso. Pero aunque formaba parte de un círculo envidiable, nunca me había sentido realmente parte de él.

Mis amigas parecían estar hechas de otro material, de una certeza que yo no conocía. Sus conversaciones, algo frívolas, giraban en torno a rumores de estatus, a novios aburridos con los que pasaban los fines de semana tomando mate, a la elección del vestido adecuado para salir una vez por semana al único boliche de este infierno.

Las escuchaba con atención, como si intentara descifrar un idioma ajeno, como un espectador. Las imitaba: su forma de hablar, sus pulseras de colores, los zapatos de plataforma que elegían para salir. Pero en el fondo sentía que jugaba a ser una de ellas, porque aceptaban

este pueblo sin cuestionarlo, lo habitaban con todas sus implicancias. Yo no podía.

Yo quería el mundo, no este pedazo de tierra donde todo estaba definido desde antes de que una naciera. Lo quería todo: lo que conocía a través del arte, de la literatura, de la música. Anhelaba el vértigo de lo desconocido, la posibilidad de perderme en un lugar donde nadie supiera quién era.

Escapar en un auto, como en *Pierrot le fou*, huir sin mirar atrás, transgredir todos los límites con un propósito, incluso poder matar sin consecuencias, o al menos desear hacerlo. Quería un amor que me hiciera arder, que me empujara al abismo sin miedo. Conocer la pasión en su estado más puro. Quería sentirme consumida por un otro, destruirme en el proceso si era necesario.

Pero nada de eso pasaba. Lo más cerca que estuve de ese deseo eran los nombres que escribía con tinta roja en los cigarrillos que fumaba en el baño de la escuela, esperando que la nicotina disolviera mi angustia.

Hombres a los que me aferraba con la ilusión de que podían acercarme a la idea que tenía de la libertad. Pero era mentira. Ellos no la poseían. Eran apenas proyecciones de lo que yo quería creer, espejismos a los que me aferraba con desesperación. Y como todo en mi vida, nunca era suficiente. Nada lo era.

La catedral se alzaba imponente en el centro del pueblo, como un testigo mudo de los siglos. Su inmensidad me asombraba y me conmovía: la piedra antigua, los vitrales filtrando la luz del sol como si fueran portales a otro mundo.

Me detenía frente a sus puertas y sentía su mirada sobre mí, un juicio silencioso que pesaba sobre mis hombros. Mi devoción era real, pero también lo era mi deseo.

El problema no eran las cosas que me ponían triste, sino las que me hacían feliz. Mis pensamientos se debatían en una dicotomía constante: la fe y la carne, la redención y la caída.

Me negaba a resignarme a que nada más grande que yo existiera, a aceptar que no hubiera un lugar donde depositar mi dolor, mi sensibilidad, mi sangre. Había algo en la liturgia, en la comunidad, en la cadencia de los versículos bíblicos, que me conmocionaba: la idea de beber el cuerpo y la sangre de Cristo, de sumergirme en el ritual una vez por semana, de sentirme parte de algo más vasto y eterno.

Sin embargo, necesitaba algo más tangible, algo que me arrancara de esa asfixia. Algo que demandara las vísceras y el corazón. Algo más fuerte, capaz de cubrir —aunque fuera por un instante— lo que realmente yacía en mí.

Necesitaba una confirmación: que mi alma iba a ser digna de salvación, una señal de que lo que tenía dentro, tan impuro, tan oscuro, no era en realidad algo malo. Esa era la razón por la que seguía atada a ese templo, por la que no lograba desprenderme de la misa de los domingos.

Quería volver a ser pura, como cuando tenía seis años y lo único que anhelaba era salir del colegio a las cinco de la tarde para pasar horas en el patio de mi casa, divagando con mi hermano. Pero ya no tenía seis años.

Mis pensamientos habían sido guiados, poco a poco, por la pasión, por la carne, por lo prohibido. Por el deseo de ser tocada y deseada, de conocer el éxtasis, de entregarme sin culpa ni medida al placer mundano.

Pero mis tentaciones no cruzaban la frontera del cuerpo: se quedaban conmigo, encerradas, girando en mi cabeza como una oración impura que nunca llegaba a pronunciarse.

El miedo a un exilio social me apresaba aún más. No podía soportar la idea de convertirme en la paria de una ciudad, en la decepción silenciosa de una familia que me miraba con orgullo sin saber realmente quién era. Me aterraba que, en algún momento, alguien viera más allá de la fachada, que descubriera eso que llevaba dentro, esa parte de mí que no encajaba, que no sabía cómo amoldarse a lo que se esperaba.

El pueblo me observaba. Lo sabía. Me miraban de reojo, con ese gesto furtivo de quien sospecha pero no se atreve a preguntar. Como si pudieran ver lo que llevaba dentro, como si percibieran esa impureza silenciosa, ese conflicto que me carcomía.

2

El café ya no humea. No sé cuánto tiempo lleva ahí, pero lo tomo igual. Amargo, espeso, como si el peso de la mañana se hubiera sedimentado en el fondo de la taza, un beso muerto.

El pan tostado está frío. No recuerdo haberlo preparado, pero ahí está: un recordatorio de la mecánica absurda de mi existencia.

Las nubes grises enturbian la silueta de los edificios que me acompañan. La lluvia cae con el mismo ritmo que solía cantarme.

Disfruto más los amaneceres cuando no he dormido que cuando recién me despierto.

A veces, después de las noches más largas, me pregunto si realmente existo fuera de él. No sé si tuve siquiera un nombre propio antes de que me nombrara, si mis pensamientos fueron míos antes de que me diera forma con sus ideas.

Un desfile interminable de recuerdos me mantiene estática, observando las ventanas de los vecinos. Funciona como una máquina rota, repitiendo las mismas imágenes,

los mismos diálogos nunca dichos: él riendo, él cantándome al oído, él cerrando la puerta; siempre él cerrando la puerta, dejando un cadáver emocional en el sillón mientras se marcha con su camisa de jean arrugada.

Cuando desaparece, me sumerjo en un mar de lágrimas tan infantil que me avergüenza. Debería sentirme dichosa de haber podido pasar una noche con él. Pero su ausencia no es sólo un vacío en la cama: es un dolor constante en cada rincón del cuerpo. Me despierto con la piel fría, confirmando que carezco de algo más que su voz.

Su lado de la cama sigue intacto. No me atrevo a ocuparlo: es territorio sagrado. No comprendo mi malestar; si hace días lo vi y mi alma volvió a su cuerpo, no hay razón para esta melancolía.

Cada vez que se va, mi espíritu parte con él, dejando a mi cuerpo hambriento de un próximo encuentro. La plenitud es tal que no puedo concebir una vida en soledad. Sigo hablando con él en mi cabeza. A veces incluso me responde. Sé que no es real, pero prefiero sus fantasmas al vacío.

Cada noche cierro los ojos y me imagino su voz diciéndome que aún me quiere. Estoy dispuesta a sacrificarlo todo por un minuto más de su universo: que me devore el fuego antes de ser consumida por la espera.

El espejo me devuelve una imagen borrosa, como si mi rostro fuera uno de sus borradores inacabados, apenas un boceto. Ojeras violáceas, caderas demasiado puntiagudas, labios partidos de tanto morderlos. La confirmación de que mi existencia no me pertenece.

Mi pelo ya no es mío: ahora recubre mi cara un flequillo rubio, mal cortado y desprolijo, capas que parecen mordidas de tijera. No quería parecer aburrída, así que hice lo mismo que Patti Smith al llegar a Nueva York: emular el corte de Keith Richards, apropiarme de una rebeldía que no sabía cómo sostener.

La ropa me queda cada vez más suelta; mis vestidos caen como harapos, sostenidos apenas por un broche y un hilo. Puedo perderme contando mis costillas, como si eso cambiara algo. Despojada de la carne que me protegía, sólo me quedan la sangre y los huesos.

Pero aun así, sangraría por todo si me hiciera sentir de la forma correcta. De la forma que amo. De la forma que quiero.

El tráfico está estático, por lo que el único ruido que me hace compañía es el de mi CD de Calamaro. Hace días que suena en *loop*; no lo cambio, porque es lo último que escuchamos juntos.

Mis manos tiemblan cuando levanto la taza. Un temblor de fiebre, de falta de él, que deja caer gotas salpicadas sobre el vidrio de la mesa del balcón.

Por la mañana debe haber llovido: el cenicero y lo poco que me quedaba de tabaco están completamente empapados.

Asumo que es domingo; es la única forma de que el centro de Buenos Aires esté tan dormido a esta hora.

Quiero fumar y marearme como antes, sentirme pura de vuelta. De todos modos, me ahogo en un cigarrillo y

una panza vacía, pero el hambre es otra: una que no se sacia con comida.

Cigarrillos de desayuno y café como única misa. Me duele admitir que quizás ya tuvieron lo mejor de mí.

Intento no ser víctima de mi tristeza, pero ya no sé qué cambiar ni dónde encontrar. Resulta que podés cambiar de ciudad, pero la culpa es sólo un estado mental.

Mis clavículas parecen un par de alas rotas, huesudas, incapaces de levantarse.

El departamento es un altar y un mausoleo al mismo tiempo. Sus cosas están ahí, intactas, pero todo lo demás se deteriora: ceniceros llenos, cortinas que elijo no correr cuando prefiero que la luz no llegue. El olor a humedad se mezcla con el de la ropa sucia y el alcohol en un vaso a medio llenar.

La mesa está cubierta de restos de comida endurecida, como ofrendas a la desidia. En el rincón, junto a su guitarra, hay un pequeño altar: un mechón de su pelo, un papel con su letra, una foto arrugada. De alguna forma lo encuentro poético, no perturbador: una forma de veneración, una fe doméstica acompañada de credos a artistas muertos entre discos y recuerdos.

Es un caos meticuloso: su encendedor gastado, una entrada de cine, un vinilo que compramos. Cada objeto es una prueba, una reliquia de una fe que me niego a perder.

Amanecer a su lado era como no despertar. Verlo junto a mí era la única certeza que tenía en el mundo. Le preparaba café fuerte, siempre negro, siempre hirviendo. Él se sentaba sobre la mesada y me miraba con una delicadeza

que jamás había conocido; a veces agarraba la guitarra y, sin que se lo pidiera, tocaba mis canciones favoritas.

¿Es inmoral sentirme mal por haber amado tanto?

Nos reíamos de cualquier cosa: mi voz todavía dormida en el balcón, la suya arrastrando las palabras con ese desgano hermoso. Él me pasaba una tostada y yo mordía justo donde sus labios habían tocado, como si pudiera comerme un pedazo de él.

Recuerdo mirarlo con sus mechones de pelo despeinado y los collares recorriéndole el cuello; cuando se desprecizaba, parecía tan frágil, tan vulnerable, que a veces me dolía.

Últimamente, él miraba más su teléfono que mi cara. El café se enfriaba entre nosotros. Ya no había risas.

Antes, cuando terminábamos, se acercaba a besarme; ahora solo se levantaba, dejaba su taza en la piletta y desaparecía en el baño.

Yo quedaba suspendida, viviendo entre el cielo y el infierno, esperando a que volviera a iluminarme con un poco de su luz de cielo falso.

El viento me corta la cara cuando salgo. Me gusta. Me despierta.

Buenos Aires me escupe su frío impropio de verano, su cielo gris gastado, su indiferencia.

Los pocos que vagan en un día así tienen un destino. Yo no.

En el café de siempre, los mismos rostros.

Poetas sin versos, artistas sin fama, noctámbulos eternos que beben como si fuera vino barato.

Una mujer mayor lee el diario.

Un hombre toma su *espresso* con la precisión de un ritual.

Prefiero pasar la tarde ahí.

Me siento en la mesa del rincón y dejo que el tiempo ocurra sin tocar el café. Frente a mí, un ejemplar usado que encontré por azar, las páginas dobladas, el lomo vencido, funcionan mejor que cualquier compañía. Leer es más fácil que escucharme. Más fácil que quedarme sola con esta cabeza que no sabe estar en silencio.



